

Don Miguel o la Encarnación de un Paisaje

Fr. Ramón Carramolino, O.P.

En recuerdo de D. Miguel de Unamuno y con ocasión del centenario de su nacimiento que se cumple el 29 de Septiembre de este año de 1964, publicamos en el número anterior de "ECA" un artículo del Dr. Antonio Cacho Zabalza, Embajador de España en El Salvador titulado "Unamuno". Hoy completamos nuestro modesto homenaje al tan discutido Profesor de griego de la Universidad de Salamanca, con el presente escrito del dominico salmantino P. Ramón Carramolino que es bien conocido en San Salvador por sus frecuentes colaboraciones en la prensa diaria y en la revista "El Rosario", el cual libando aquí y allá en la abundante literatura salida de la pluma de D. Miguel —el P. Carramolino es un verdadero especialista en Unamuno— construye con sus mismas frases y palabras, una imagen viva y atractiva de lo que fue este hombre estrafalario y genial.

Erase una vez una calle. Se llamaba la de Ronda. El número 16 de la misma, una casa estrecha y alta. Ella fue la casa natal de Don Miguel de Unamuno y Jugo. En ella un cuartuco, el cuartuco del estudiante Miguel de Unamuno. "¡Noches aquellas, hace ya cerca de cuarenta y cinco años —esto lo escribía Don Miguel el 1 de julio de 1922—, en que en un triste cuartuco de mi casa de Bilbao —un cuartuco (nos sigue hablando Don Miguel) que por el día recibía lánguida y derretida luz de un lóbrego patio interior— leía a Balmes! Era el año quinto del bachillerato, cuando estudiábamos psicología, lógica y ética". Y es ya entonces cuando se nos muestra el Don Miguel eterno, el Don Miguel de siempre, el de "La agonía de la vela", ensayo al que acabo de robar el párrafo anterior, y del que no dudo copiar lo que bien pudiera llamarse síntesis de la problemática unamuniana:

"Los cabos de las velas, hundidos en los candeleros de latón que se recalentaba, se fundían y liquidaban y la mecha llameaba agonizante en aquel pocito de impura cera líquida. ¡Qué espectáculo el de aquella agonía! Acaso acababa de leer en Balmes las pruebas de la inmortalidad del alma. Y ante los haustos agónicos de aquel... pabilo, agonizaba también, en cierto modo, de angustia mi pobre alma moza."

"Aquellas agonías de la vela de mi espíritu mozo alumbraron el pesimismo trascendente que me ha servido de base al empuje con que he venido luchando en la vida civil y cultural. Que no hay fuente de energía para la vida que pasa, como el sobrecogido pasmo ante la vida que queda. O mejor al revés: energía para la vida que queda sacada del religioso pasmo ante la vida que pasa."

ROMA Y MOSCÚ....

Y decimos que se desistió "de momento", porque los comunistas seguirán insistiendo, con su habitual falta de lógica, en que el mundo cristiano debe concederles amplia libertad para sus propagandas, aunque ellos no la concedan en Rusia.

Finalmente notemos que a la luz siniestra que arroja sobre este problema el escrito de Ilítchev, aparecen como totalmente desorbitados e infantiles los esfuerzos de algunos particulares, que han llegado a dirigirse personalmente a Kruschew intentando convencerle de que sería mucho mejor "para él" si abandonara su actual intolerancia religiosa, como lo hizo el famoso Alcalde de Florencia Jorge La Pira no hace mucho, o la petición al Consejo Ecueménico de las Iglesias evangélicas y ortodoxas de que se dé un trato de igualdad a ateos y creyentes en todos los países del mundo libre.

Hoy los campos se van deslindando cada vez más afortunadamente para la causa del bien, y la humanidad entera se va polarizando en torno a dos únicos centros de atracción espiritual: Roma y Moscú, con Dios o contra Dios, conforme a aquella meditación que Ignacio de Loyola denominó de "las dos banderas", la de Cristo, Sumo Capitán y Señor nuestro, y la de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana naturaleza. Los híbridos ideológicos, las medias tintas, no cuentan ya y están llamados a desaparecer, conforme a las palabras de Jesucristo: "Quien no está conmigo, está contra Mí".

Y no lo olvidemos: los colaboracionistas, los tontos útiles, que se empeñan en acercarse al comunismo, no pueden estar con Cristo, según los mismos comunistas. Luego es evidente que están contra Cristo y contra su Iglesia.

"Los que creen tener resuelto el último problema, el de todos, el de la mecha que se consume y apaga cuando la cera toda se ha disipado, esos suelen ser los pesimistas, los escépticos, los descorazonados de la vida civil e histórica, de la lucha política, mientras nosotros, los que llevamos en el alma la luz de las agonías de las velas de nuestras mocedades, nos adentramos llenos de ardor en los combates de la historia. Sabemos que la historia es el pensamiento de Dios en la tierra de los hombres y que si Dios no piensa, nosotros no vivimos. Y queremos vivir. Aunque sea en prolongada agonía del alma."

La ciudad de la calle era Bilbao, su Bilbao, el de Don Miguel, la Villa, "la noble e invicta Villa de Bilbao" como él la llamara en su ensayo "Bilbao, ¡Arriba la Villa!". Sí, él nació en Bilbao. El Bilbao cuya "bruma de lágrimas de añoranzas se desprende con un dulcísimo siri-miri, que es —son palabras del mismo Don Miguel en el ensayo acabado de citar— el rocío de mis recuerdos sobre mis esperanzas". El Bilbao en que aprendió "a tener sed y hambre de lo infinito y de lo eterno". El Bilbao en que un día prometió "culto a la libertad, a la claridad y a la pureza de espíritu".

La fecha del nacimiento de Don Miguel: 29 de septiembre de 1864.

En torno a Bilbao, la tierra. ¡La tierra de Don Miguel! Una tierra con un mar —el Cantábrico— en que se miran las montañas. "Esas montañas —es el final del ensayo aludido— y ese mar nos despiertan los problemas eternos de la Idea, y ante ellos huelgas y machinadas son como chaparrones que cosquillean al mar o a la montaña. ¡Arriba la Villa! ¡Más arriba! ¡Siempre arriba!".

¡La tierra de Bilbao! Tierra con montes que en su cumbre se besan con el cielo. Esta es Vizcaya. La Vizcaya marina y montañosa. La Vizcaya de Don Miguel, "el hijo de la Villa, descendiente de aldeanos", que se llamó a sí mismo en su "Diario de un azulado", y que publicó en "La Nación" de Buenos Aires el 6 de febrero de 1921.

"Soy de Castilla. En mi infancia fui amasado con su barro, con su sol y con su polvo. Yo sé de mulas y de carros, y de arrieros de Villada, Grijota y Baquerín. Sé lo que es la tralla, y lo que es cantar entre trigos y cebadas".

"Mi paisaje, el paisaje de mi tierra, es austero y recio. Está abierto a Dios y abierto al hombre. Mi tierra es cuna. Cuna de peregrinos del espíritu. De ella son Santa Teresa de Jesús, Fr. Luis de León... y San Juan de la Cruz". En ella, ya de grande, tuvo un nacimiento segundo Don Miguel. Un nacimiento en el espíritu, un nacimiento hijo del paisaje de Salamanca, de Zamora... de Palencia. Porque —lo escribía Don Miguel el 26 de abril de 1918 en uno de sus

ensayos ("El último viaje de Ulises")— todos "somos una parte de todo aquello con que convivimos". "Por eso ellos —los místicos de mi tierra— son hijos del paisaje. De un paisaje y una tierra que en ellos se hizo carne y se hizo espíritu. Ellos son de la llanura, de esa "perfecta planimetría", de ese "mar endurecido", de esa "uniformidad plana", de esa "horizontalidad lacustre", de ese "paisaje elemental", que —al decir de Galdós de quien son los últimos entrecomillados— lleva "al ascetismo y al desprecio de todos los goces".

Pues bien, Don Miguel de Unamuno —lo repito— fue un hijo espiritual de ese paisaje, como hijo fue, por natural nacimiento, de su tierra vasca. Hijo de Bilbao. De su Villa. Porque "la Villa —vuelvo de nuevo a su ensayo "Bilbao, ¡Arriba la Villa!"— nos hacía. Mis padres, por otra parte, habían ido a ella desde otra villa; la de Vergara. Pero la Villa, nuestra noble Villa de Bilbao, nos amasaba, y nos yeldaba, y nos cocía el espíritu a los que lo dejábamos abierto a la fecunda brisa de la historia. Aguas arriba del Nervión, padre de la Villa, subía del ancho océano, que besa los labios de las naciones todas, el aire salitroso que embalsama el anhelo de lo infinito y de lo eterno. Y este salitre nos curaba de caer en la preocupación exclusivamente materialista de la huelga y en la supersticiosa sentimentalidad rústica de la machinada". Bilbao le hizo. Por eso Don Miguel, el donquijotesco Don Miguel de Antonio Machado, es una encarnación de su Vizcaya, y un chopo de Castilla, que alimentó su vivir intelectual en las iglesias y las calles, las plazas y las carreteras de su Salamanca. "Me he hecho amigo de un viejo roble —nos dice Don Miguel en su obra "La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez"—. ¡Si lo vieras, Felipe, si lo vieras! ¡Qué héroe! Debe ser muy viejo ya. Está en parte muerto. ¡Fíjate bien, muerto en parte!, no muerto del todo. Lleva una profunda herida que le deja ver las entrañas al descubierto. Y esas entrañas están vacías. Está enseñando el corazón... ¡Y si vieras qué brazos los de su raigambre que hunde sus miles de dedos bajo la tierra! Unos brazos que agarran a la tierra como sus ramas altas agarran al cielo!".

Efectivamente: Don Miguel fue un roble bien agarrado a su tierra —Bilbao, Salamanca... España—, pero con la cabeza, las preocupaciones, las ramas de su profundo espíritu en abrazo con el cielo de su tierra. Del de su Salamanca sobre todo. Porque Don Miguel vivió en ella. En ella escribió. En ella fue rector de la Universidad y también catedrático de griego. "¿Por qué Carrillo —escribe Don Miguel en su libro "Contra esto y aquello"— se dirige especial y señaladamente a mí? Sin duda por ser yo un catedrático de lengua y literatura griegas. Sí lo soy, como lo fue —y Carrillo lo recuerda— Nietzsche", del que por otra parte disiente tan-

to, aun cuando quizás, no tan diametralmente como a veces pretende Don Miguel en sus escritos. "Celebro, además, —escribía esto el 18 de marzo de 1920—, que haya sido por lo que fuera, no se les ocurriese llamarme a tomar parte en ese homenaje, pues, con grandísimo pesar, no hubiera podido ir. Los gobiernos de Su Majestad no me dejan apenas moverme de aquí, de Salamanca, y no debo, en buena ley de dignidad, aceptar ni menos decir, licencias, yo que, en veintinueve años de profesorado, soy, acaso, el profesor que menos días he faltado a sus clases, a lo que me ha ayudado una salud de hierro vizcaíno" (Ensayo: "Lo que debo a Trueba").

Salamanca lo hizo considerarse desarraigado del Bilbao de 1920. Es cierto que él nunca se olvidó de Bilbao. Pero del Bilbao suyo. "¡Ah, mi Bilbao! ¡Lo que hace que no le veo! Aunque no al mío, al que me hizo, al de mi niñez y mi juventud, a mi Bilbao lo veo a diario. ¿Verlo? No, como no veo mis ojos. Es decir, sí, puedo verlos en un espejo. Y para ver a mi Bilbao tengo un espejo. Y no se me empañará si voy ahora allá, a un Bilbao empañado por luchas electorales! Si fuera el de hace treinta años...! ¿Voy a llevarles un acento bilbaíno de hace treinta años? ¿Me entenderán?". Don Miguel, cuando esto escribía, era ya más de Salamanca que de Bilbao. Porque su Bilbao ya no existía. Había dejado de ser hacía tiempo, cuando escribió su "Diario de un azulado" en diciembre de 1920 en la su Salamanca, en la que él murió el último día del año 1936.

Y es en Salamanca donde descansa el trágico-cómico (¿cómico-trágico?) Don Miguel de Unamuno y Jugo.

Yo he visitado el cementerio salmantino muchas veces, y he gustado de pararme ante el nicho donde reposadamente duerme el, en vida, angustiado Don Miguel. Allí he rezado y meditado. Y ¡qué bien me sonaban los versos del poeta grande que fue! Esos versos que con él descansan, pegados a su tumba. Versos que son síntesis de su vida de lucha, de angustia, de problema. Problema, angustia, lucha y vida de Don Miguel. Hélos aquí:

"Méteme, Padre Eterno, en tu pecho,
misterioso hogar.

Dormiré allí, pues vengo deshecho
del duro bregar".

Y yo, sinceramente, espero que así haya sido para el Don Miguel, que un día recogió —a saber de qué "pobre poeta desconocido"— unos versos, que para mí —así se me antoja— son del mismísimo Don Miguel:

Ya sabes que de amor y de dolores,
oyeme tú, Señora...
y ruega por nosotros pecadores
ahora y en la hora
de nuestra muerte.

Ella murió; su pecho yace inerte
bajo manto de yerba,
ella en tus brazos abriga su suerte
y en tus brazos conserva
su don divino.

Tú, tejiéndole en vida su destino,
madre la hiciste;
madre de mi pasión, y en mi camino
mortal tú la pusiste
como una estrella.

Estrella matutina que tu huella
guardando con tu lumbre
fue de tu corazón una centella
la dulce mansedumbre
de su carifío.

Tú, Señora, que a Dios hiciste niño,
hazme niño al morirme
y cúbreme con el manto de armiño
de tu luna al oirme
con tu sonrisa.

El alba es tu sonrisa y es la brisa
del alba tu respiro;
acuérdate cuando iba al alba a misa
por tí, y en el retiro
por mí rogaba.

Te rogaba por mí; por mí abogaba
para que tú, Señora,
por aquella que fue tu humilde esclava
me dieras una hora
de firme paso.

Haz por ella que en la hora del ocaso,
en el último trance,
cuando de mi alma al fin se rompa el vaso
de nuestro Padre alcance
eterna vida
mi tierra con su tierra confundida".

Que el paisaje se le entrañó a Don Miguel no es cosa nueva ni exclusivamente suya. Antonio Machado y "Azorín" podrían confirmarlo con sus vidas y sus obras.

Para mí son todo un símbolo estos versos de Unamuno, que copio de su prólogo a la novela suya "San Manuel bueno, mártir y tres historias más":

"San Martín de la Castañeda,
espejo de soledades,
el lago recoge edades
de antes del hombre y se queda
soñando en la santa calma
del cielo de las alturas
en que se sume en honduras
de anegarse ¡pobre! el alma".

y casi a continuación:

"Campanario sumergido
de Valverde de Lucerna,
toque de agonía eterna
bajo el caudal del olvido".

A renglón seguido poco más o menos se glosa el mismo Don Miguel:

"En efecto, la trágica y miserabilísima aldea de Riba de Lago, a la orilla del de San Martín de la Castañeda, agoniza y cabe decir que se está muriendo. Es de una desolación tan grande como la de las alquerías, ya famosas, de las Jurdes. En aquellos pobrísimos tugurios, casuchas de armazón de madera recubierto de adobes y barro, se hacina un pueblo al que ni le es permitido pescar las ricas truchas en que abunda el lago y sobre las que una supuesta señora creía haber heredado el monopolio que tenían los monjes Bernardos de San Martín de la Castañeda.

Esta otra aldea, la de San Martín de la Castañeda, con las ruinas del humilde monasterio, agoniza también junto al lago, algo elevada sobre la orilla. Pero ni Riba de Lago, ni San Martín de la Castañeda, ni Galande, el otro poblado más cercano del lago de Sanabria —este otro más acomodado— ninguno de los tres puede ser ni fue el modelo de mi Valverde de Lucerna".

Y ahora veamos este paisaje metido dentro del alma de Don Miguel. Porque también Don Miguel agonizaba. Agonizaba en medio de soledades, como San Martín de la Castañeda. Su alma, el alma triste de Don Miguel, se sumía en honduras de anegarse en la calma del cielo de las alturas. Su vida fue un toque de agonía existencial interminable, al igual que el del campanario de su Valverde de Lucerna.

Creo yo —y no sin fundamento por cierto— que como en el fondo del alma del "San Manuel bueno, mártir" de su novela, en el alma de Don Miguel también había, sumergida y ahogada, una villa en la que alguna vez se oían los tañidos, llenos de angustia, de un campanario ahogado en el azul alegre de un lago soñando en la santa calma.

No sin fundamento, acabo de escribir, y es que Don Miguel leía y conversaba con la naturaleza. Veámoslo:

"Hoy no sé, querido Felipe, qué demonio tonto me ha tentado, que se me ha ocurrido proponerle a Don Sandalio la solución de un problema de ajedrez.

—¿Problemas? —me ha dicho—. No me interesan los problemas. Bastan con los que el juego mismo nos ofrece sin ir más a buscarlos.

Es la vez que le he oído más palabras seguidas a Don Sandalio, pero ¡qué palabras! Ninguno de los mirrones del casino las habría comprendido como yo. A pesar de lo cual, me he ido luego a la playa a buscar los problemas que

se me antoja que me proponen las olas de la mar" ("La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez").

Y ¿qué problemas son los que le proponen las olas de la mar a Don Miguel?. Veamos lo que él mismo nos contesta el 29 de abril de 1922 en su ensayo "La mosca bicentenario":

"Bajo el peso de la visión de quietud cinematográfica de este despacho, el mismo de hace veinte años, y teniendo delante a la mosca bicentenario, sentí la amargura de las aguas del mar de la eternidad en que al cabo todos naufragamos. Sus olas empenachadas de espuma son los días, los años que pasan, iguales unos a otros, y más resonantes y tumultuosos cuando se rompen en los acantilados de la costa; sobre ellas se respira y se toma sol, pero dentro de ellas, en su seno, el amargor salino del mar de la eternidad".

Y es que Don Miguel leía y estudiaba en la naturaleza. Para él la encina "es también un libro", y no está de acuerdo —no podía estarlo de ninguna manera él— con quienes "se pasan buena parte de su vida componiendo hojas de libros —o de periódicos— más que leyendo en hojas de encina, de robles, de olivos o de naranjos". Así en el ensayo publicado en "Ahora", Madrid, 19 de enero de 1933, "El Colegio de Pablo Iglesias". Y tenía que ser así. Porque él oía, leía y estudiaba "en el romance que el cielo y el campo de Castilla me han enseñado a desentrañar" ("Cartas al amigo" VII - "Ahora": Madrid, 18 de enero de 1934).

Y ahora, cuando voy terminando este trabajo, me pregunto: ¿Don Miguel fue realmente un hijo del paisaje? O más bien ¿fue el paisaje un hijo de Don Miguel? Porque es lo cierto que no existe paisaje sin espectador, y que el paisaje depende en muy mucho de quien lo mira. "Se ha dicho —escribe José Luis L. Aranguren en su obra "Catolicismo y protestantismo como formas de existencia"— que el paisaje es un estado de alma, y quiero detenerme en esta frase, porque apunta muy derechamente a la correlación entre descubrimiento del paisaje y sentimiento de la naturaleza. La naturaleza no necesita, ciertamente, para estar ahí de que nadie la mire. Pero el paisaje sí. El paisaje requiere un paisajista, es decir, alguien que le sienta primero, que después le vea y que, viéndole, le ordene, componga y preste su significado".

Esto mismo apunta Don Miguel, cuando hablando de Angel Ganivet, dice allí que España es "más nuestra hija que nuestra madre".

De nuevo el interrogante: ¿es Don Miguel el hijo o el padre de un paisaje?